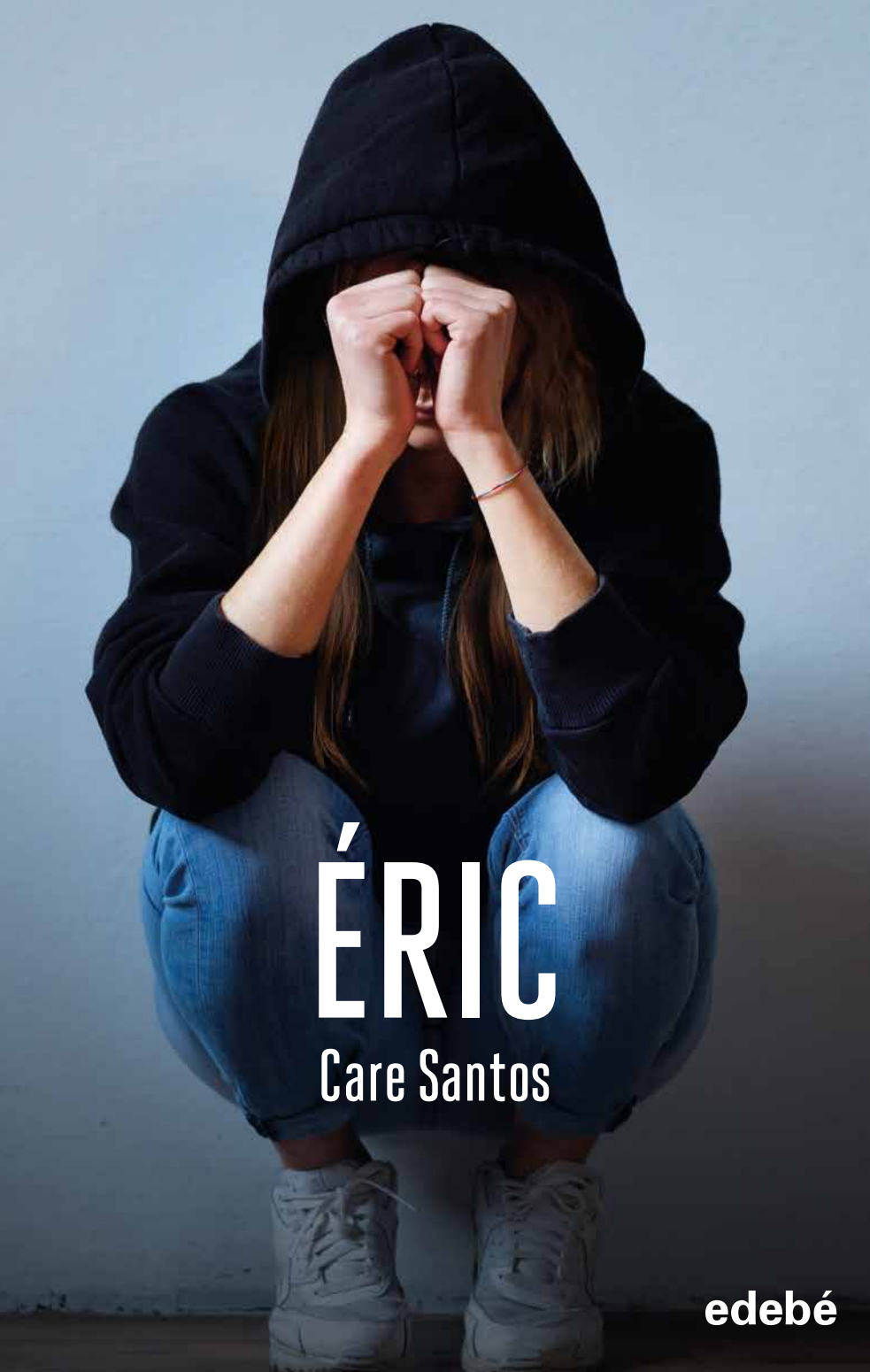


ÉRIC

Care Santos

edebé

periscopio

ÉRIC

CARE SANTOS

ÉRIC



edebé

© Care Santos, 2024

© Edición: Edebé, 2024
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Diseño de la colección: Aurora Iraita

1.ª edición en esta colección, noviembre 2026

ISBN: 978-84-683-7695-0
Depósito legal: B. 2268-2026
Impreso en España / Printed in Spain



Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

A los profes que son más que profes.

Nada ocurre como está previsto, es lo único
que nos enseña el futuro al convertirse en pasado.

Daniel Pennac

¿Cuántas historias no terminan como esperábamos? ¿Cuántas ilusiones se truncan por el camino? ¿Cuántos sueños se rompen?

¿Cuántas esperanzas de amor eterno no llegan a nada? ¿Cuántos planes no se realizan nunca?

¿Cuántas vidas resultan de un modo distinto a como sus protagonistas habían deseado? ¿Cuántos de esos futuros que imaginábamos se acaban convirtiendo en pasados que nunca quisimos?

No hay estadísticas sobre eso. Nadie conoce las respuestas.

Cada uno de nosotros lleva la cuenta de lo que salió bien y lo que salió mal. ¿Cuántos de nuestros planes se cumplieron? ¿La mitad? ¿Dos tercios? ¿Un diez por ciento? ¿Qué ocurrió con el resto? ¿Podemos considerarnos afortunados por ello?

¿Cómo se mide la suerte o la falta de ella?

Los seres humanos nos obsesionamos con el futuro, proyectamos en una pantalla imaginaria la fotografía que tomaremos dentro de una década, o de dos, de más.

Pero el futuro tiene sus propias reglas.

La más importante es: nada ocurre como estaba previsto.

Cuando el futuro se transforma en pasado nos dice: «Soy yo quien hace los planes».

Sucede todo el tiempo, en todas partes, a toda clase de personas. Aunque no podamos medirlo, ni hacer listas, ni clasificaciones. Es una estadística invisible.

Todos formamos parte de ella.

Silencio

La primera vez que vi a Éric, él era un interno de nivel 3 acusado de asesinato en primer grado y yo, una estudiante de bachillerato completamente enamorada de él y hecha un manojo de nervios.

Fue en un sitio raro: la sala de visitas de la cárcel de menores donde él cumplía su condena. «Medida judicial», es el modo correcto de decirlo. El modo en que les gusta a los que mandan.

Por supuesto, Éric y yo no estábamos solos. Yo iba con mi madre. También se encontraba allí el director del centro. Y un vigilante de seguridad. Me dijeron que Éric estaba justo al otro lado de una puerta blindada.

Pensé: «Esta puerta marca una frontera en mi vida. Un antes y un después. Tras conocerle, ya nada volverá a ser igual».

No me equivoqué, aunque ocurrieron muchas cosas que ni él ni yo habíamos previsto. Cosas buenas, en su mayoría. Pero también hubo cosas malas y alguna horrible. La vida está llena de experiencias que no habías imaginado. Precisamente por eso es tan interesante vivir.

En mi lista de «Cosas que han ocurrido que no había previsto» sin duda la primera de todas sería: «Me enamoré de alguien a quien no conocía».

Aunque esa afirmación no sería del todo correcta.

Éric y yo no nos habíamos visto nunca, pero sabíamos un montón de cosas uno del otro. Por lo menos, yo sabía muchos secretos suyos.

Nos habíamos escrito algunos correos electrónicos. No sé qué fue, pero algo me gustó de él desde el principio. Desde la primera frase. Supongo que eso ocurre cuando encuentras a la persona que es para ti, esa que estabas buscando incluso sin saberlo. Y supongo que algo

pasó en ese tiempo, a pesar de que no soy capaz de decir qué fue. ¿Cuál fue el momento decisivo, cuáles las palabras mágicas? ¿Es posible conocer el instante preciso en que una persona deja de ser una más para convertirse en alguien imprescindible para otra? No lo sé. Lo único que sé es que, mientras esperaba a que se abriera aquella puerta en la sala de espera del centro de menores, Éric ya era para mí alguien imprescindible.

Recuerdo todos los detalles (tengo muy buena memoria). Antes de que la puerta se abriera transcurrieron 82 segundos. Lo sé porque los conté uno a uno, para entretener mis nervios. Al otro lado, apareció un chico alto y delgaducho. Llevaba pantalones vaqueros y camiseta negra. Tenía cara de asustado (supongo que como yo). Era más guapo de lo que me había dicho. Pensé que estaba muy serio. Me gustó más de lo que había pensado. O quizá en aquel momento olvidé todo lo que había imaginado de él y elegí la realidad.

Todos nos miraban. Era como si el universo entero estuviera pendiente de lo que íbamos a hacer.

No hicimos casi nada. No pronunciamos ni una palabra. A veces, sobran las palabras. Éric siempre creyó en el silencio. En esa ocasión, me demostró que el silencio puede ser poderoso.

Nos miramos a los ojos durante unos cuantos segundos y sentí un escalofrío en el corazón, como si acabaran de revelarme una certeza difícil de comprender. Me di cuenta de que estaba muy sorprendido de verme allí, como si no terminara de creérselo. Creo que él notó que yo era muy feliz de verle, por fin. La felicidad es de esas emociones que no necesitan palabras para mostrarse, pero resulta casi imposible de explicar.

Me pareció que mi madre y el director del centro comenzaban a ponerse nerviosos, pero a nosotros no nos importó. Hay veces en que a dos personas solo les importa lo que ocurre entre ellas, lo que solo ellas entienden.

Yo entendí que Éric me quería. Él entendió que yo a él también. El resto de la humanidad dejó de ser relevante.

Luego, nos abrazamos. Sin prisa. Se pueden decir muchas cosas en un abrazo sincero. Sen-

tí su corazón, que latía muy rápido, y pensé: «También está nervioso». Supongo que él sintió el mío, y comprendió que también en eso estábamos de acuerdo. No sé cuánto duró nuestro abrazo, pero no fue corto.

Pensé que nunca me había sentido mejor en ninguna parte. Pensé que no quería que dejara de abrazarme nunca. Pensé que ya no quería separarme de él. Pensé que tenía suerte de haberle encontrado.

Y entonces escuché su voz susurrar mi nombre junto a mi oído: «Xenia, Xenia, Xenia, Xenia, Xenia...».

Aquellas palabras tenues rompieron el silencio. Un silencio que siempre nos había pertenecido. Éric, como yo, amaba el silencio.

El destino a veces nos lleva a cerrar los círculos.

Por eso hoy quiero hablaros del silencio.

Quiero hablaros de Éric.